

LLENO DE ALEGRÍA

Gorrion se quejaba mucho. Si el día estaba nublado y encapotado, se quejaba. Si el día era soleado, también estaba descontento. Era un experto en quejarse.

Al principio, sus familiares y amigos prestaban atención a sus quejas, pero hoy todos se habían ido volando hasta el tejado al otro lado de la calle. Y Gorrion no sabía por qué.

—¡Me siento taaaaannnnn triste! —gorjeó mientras se sentaba solito sobre un tejado. Con ceño fruncido, miró a sus amigos que piaban alegremente a lo lejos.

La niña de la casa donde Gorrion se había posado estaba jugando a las tacitas de té. Gorrion la observó. Parecía que siempre se lo pasaba en grande, y sus amigas la visitaban todos los días.



Gorrion voló hasta acercarse un poco más y escuchar lo que decían.

—¡Qué vestido tan bonito, Penélope! ¡Es precioso! Me alegro que hayas venido hoy. ¡Y tú también, Emilia! ¡Lo vamos a pasar estupendamente!

Gorrion empezó a sentirse más contento. Se preguntó si sería así de fácil. Quizás solo tenía que concentrarse en las cosas buenas que le sucedían en lugar de las que no le gustaban. Decidió probarlo. No tenía nada que perder, así que voló hasta donde estaban sus amigos y se esforzó por pensar y decir cosas positivas y alegres. Al poco tiempo, Gorrion dejó de ser tan quejumbroso. Ahora su corazón rebosaba de alegría.

Cuando lloriqueas o te quejas, echas una sombra oscura sobre ti y sobre las personas que te rodean. Pero, ¡cuando te concentras en ser agradecido, estás contento y alegras también a los demás!

